

*Hacia un diccionario histórico de los conceptos políticos europeos. Aportación teórica y metodológica de la Begriffsgeschichte*¹

Lucian Hölscher

Ruhr Universität, Bochum

Resumen: En este artículo se apuesta decididamente por la elaboración de un lexicón europeo en el que se recojan desde una perspectiva histórica los principales conceptos políticos y sociales de nuestro continente. Tal diccionario habría de ser sensible a la variedad de lenguas, culturas políticas y contextos nacionales presentes en Europa. Además, según Hölscher, la elaboración de ese diccionario conceptual europeo habría de tener muy en cuenta las aportaciones de la *Begriffsgeschichte* de Koselleck, que, por diversas razones, a los ojos del autor constituye la perspectiva más viable y productiva de entre las distintas aproximaciones al estudio histórico de los lenguajes, conceptos y discursos (Foucault, Skinner, Pocock, etc.).

Palabras clave: historia de los conceptos; semántica histórica; lenguaje; metodología histórica; léxico político europeo.

Abstract: This article sets out to make an European lexicon in which the principal political and social concepts of our continent are gathered from a historical perspective. Such a dictionary should be sensitive to the variety of languages, political cultures and national contexts in Europe. Besides, according to Hölscher, the making of this conceptual European Dictionary should bear much in mind the contributions of Koselleck's *Begriffsgeschichte*, which are to the eyes of the author the most viable and productive perspective of the different approaches to the historical study of the languages, concepts and discourses (Foucault, Skinner, Pocock, etc.).

Key words: history of the concepts; historical semantics; language; historical methodology; political European lexicon.

¹ Traducción de Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel.

Al abordar la idea de un lexicón político europeo nos encontramos en un tiempo de rápido cambio. Hace veinte o incluso diez años la integración política de Europa era poco más que un sueño político; hoy estamos en camino hacia una rápida integración en casi todos los terrenos de desarrollo político, económico, cultural y social: en política exterior, en Derecho constitucional, en comercio y transporte, en parámetros de formación universitaria, etc.

Paralelamente a estos procesos de integración, la posibilidad de elaborar un *diccionario histórico de los conceptos políticos europeos* se ha convertido también en un objetivo más realista: mientras que hace veinte años casi nadie en Europa hubiera creído que semejante lexicón fuera posible (quizá con la excepción de Melvin Richter, quien, como norteamericano, estaba mucho más acostumbrado a integrar diferentes tradiciones culturales)², hoy somos capaces de comparar las ventajas de los diferentes enfoques conceptuales de una manera mucho más desapasionada.

Es cierto que el denominado «giro lingüístico» de los años ochenta tuvo muchas facetas e interpretaciones muy diferentes, pero hoy nadie puede negar que las versiones de este movimiento en todo el mundo participan de un interés común hacia el análisis del lenguaje. Hoy los estudiantes de historia del lenguaje en Alemania han aprendido a apreciar los métodos ingleses de estudio de los *languages* políticos o los franceses de estudio del *discours*, según el concepto de Foucault y otros, del mismo modo que los académicos de toda Europa, en Italia, Francia, España, Holanda y Escandinavia, han comenzado a estudiar la corriente alemana de la *Begriffsgeschichte*. Así, ha llegado el momento de reunir entre todos aquello que podría resultar útil para un proyecto común de diccionario europeo de conceptos políticos, para lo cual es necesario comparar las distintas aproximaciones en sus aspectos teóricos y prácticos.

² Recuerdo una célebre reunión de historiadores de los conceptos organizada por Richter en Nueva York, en 1987, donde Reinhart Koselleck y Quentin Skinner estuvieron a punto de iniciar una especie de guerra académica entre la escuela alemana de la *Begriffsgeschichte* y la anglosajona *Cambridge School*. Una década más tarde todavía las relaciones entre ambas escuelas distaban de ser pacíficas; véanse los artículos recogidos en *The Meaning of Historical Terms and Concepts. New Studies on Begriffsgeschichte*, LEHMANN, H., y RICHTER, M. (eds.), Washington, German Historical Institute, 1996, en especial la intervención de J. G. A. Pocock (*N. de los T.*).

I

Pero, antes de entrar en ese asunto, me gustaría precisar cuál sería el esquema, la *ratio*, el objetivo general del proyecto de lexicón político que tenemos en mente. Creo que todos estaremos de acuerdo en que Europa no es ni será nunca un Estado nacional centralizado como los Estados Unidos, con una sola lengua, una sola cultura política y una sola historia común, sino más bien un continente con muchos centros culturales. Lo que hoy llamamos Europa es el resultado de una tradición histórica que desde el siglo XIX en adelante combinó varias, al menos dos, tendencias muy diferentes: en términos económicos nos encontramos con un dominio creciente de los grandes centros de negocios de la Europa occidental, al menos desde el siglo XVIII en adelante. El crecimiento de la población, del comercio y la industria fue en este área mucho mayor que en el resto de Europa. Pero, al mismo tiempo, nos encontramos también con un creciente número de Estados nacionales independientes por todo el continente, cada uno de ellos con su propia historia nacional y su autonomía cultural.

Es cierto que, incluso en términos de desarrollo cultural, estas naciones no eran completamente independientes unas de otras: por ejemplo, en la estructura religiosa de Europa, en el Derecho constitucional y en muchas otras ramas de la erudición y la enseñanza clásica, se pueden encontrar raíces compartidas de una herencia común europea en las culturas judía, griega y latina del Imperio Romano. En el desarrollo histórico de las bellas artes no resulta difícil hallar conexiones de dimensión continental entre pintores holandeses e italianos, franceses e ingleses, españoles y alemanes. En algunas ramas de oficios artísticos muy desarrollados algunas naciones incluso se erigieron en dominantes en ciertos momentos: tal es el caso de la industria francesa de la moda y artículos de tocador, o el mobiliario inglés, por ejemplo.

Pero esta tendencia hacia la unificación estuvo siempre equilibrada por la tendencia contraria hacia una diversificación y autonomía nacionales. En literatura, por ejemplo, cada nación europea ha conformado un canon de autores «clásicos»: lo que representan Dante, Petrarca y Boccaccio para Italia, son Chaucer, Shakespeare y Milton para Inglaterra; Molière, Racine y Corneille para Francia; Cervantes, Quevedo

y Lope de Vega para España; Goethe, Schiller y Lessing para Alemania; Tolstoi, Turgeniev y Dostoyevski para Rusia, y así sucesivamente. Todas las naciones europeas han cultivado su lengua mediante diccionarios nacionales, han recopilado sus canciones y cuentos antiguos en antologías y romanceros. Todo esto es bien sabido, y no es necesario reiterarlo aquí.

Así que, volviendo a la idea de un lexicón político europeo, supongo que todos estamos de acuerdo en que el propósito principal de tal proyecto sería representar y desarrollar la variedad y riqueza de las culturas nacionales dentro de Europa —no con el fin de perpetuar la antigua animosidad ni reavivar el espíritu belicoso político y cultural en el seno de Europa, sino con vistas a conformar nuestro común futuro europeo sobre las bases de experiencias nacionales muy diversas—. Tenemos que conocernos los unos a los otros, por ejemplo, en relación con la centralización política y cultural que hace a los franceses optimistas, pero que angustia a los alemanes. Tenemos que saber por qué a los ingleses les gusta confiar en la autonomía individual y en el autogobierno local, mientras que muchas sociedades del Este viven mejor con sistemas patriarcales, etc.

II

Ahora bien, ¿qué clase de diccionario debería ser y en qué clase de enfoques metodológicos podría basarse? Entre los historiadores de los conceptos existen en la actualidad dos líneas de estudio consolidadas y ampliamente difundidas: podemos denominarlas «análisis del discurso» y «análisis del concepto». Al examinar las estructuras y cambios del lenguaje, la primera se centra en los textos y la segunda en las palabras; una se concentra en los sistemas de argumentos, representados por frases, otra en las ideas, representadas por palabras. De hecho, en muchos aspectos los enfoques no son tan diferentes como pudiera desprenderse de mi exposición, pero a efectos argumentativos y con el fin de debatir sobre sus características distintivas, me gustaría mantener esa descripción momentáneamente. Mirando más de cerca ambas líneas de la historia conceptual, de nuevo hay que distinguir entre varias escuelas o «filosofías».

a) En el análisis del discurso fue Michel Foucault ya a finales de los sesenta, con su *Archéologie du savoir*, quien más contribuyó

a la aceptación y popularización del análisis del discurso en Francia, y más tarde en Estados Unidos. Su concepto de «discurso» se basaba en la idea de que en ciertas épocas de la historia nos encontramos con sistemas coherentes de conocimiento, los cuales son capaces de imponer cuestiones y argumentos básicos a todas las ramas del conocimiento humano. La principal preocupación de Foucault fue reconstruir estos intereses científicos básicos de un modo que, en términos epistemológicos, los hacía históricamente independientes. Así, excluyó tanto la idea de origen y desarrollo histórico como la idea de traducción hermenéutica, porque estaba convencido de que los discursos no pueden entenderse traduciéndolos a nuestro propio tiempo y lenguaje, sino únicamente utilizándolos. Pero, a pesar de su gran influencia a nivel mundial en los debates sobre análisis del discurso, Foucault contó con muy pocos seguidores en el terreno de la investigación empírica. Probablemente su concepto de «discurso» resultaba demasiado difícil de utilizar como herramienta analítica. Así que para la mayoría de los historiadores parecía extremadamente difícil probar la evidencia empírica de su descripción de los discursos. Estoy seguro de que a Foucault no le hubiera agradado que le compararan con los historiadores de las «ideas», pero en su método intuitivo de formular los conceptos básicos de los sistemas de conocimiento del pasado, la verdad es que nos recuerda mucho a aquéllos.

b) Mucho más basado en la evidencia empírica resulta el enfoque de la denominada «escuela de Cambridge», establecida por John Pocock y Quentin Skinner, es decir, de aquellos estudiosos que siguieron el análisis de los llamados «lenguajes políticos». Partiendo originalmente del interés tradicional por la filosofía política, este tipo de análisis del discurso tiene unas pretensiones explicativas mucho más limitadas: no pretende, como Foucault, representar en su totalidad el conocimiento de un cierto periodo de tiempo, sino solamente el de una fracción; es decir, que permite reconstruir las ideas básicas y las prácticas culturales de ciertas tradiciones políticas sin preocuparse demasiado por los textos en diferentes esferas de la vida política y social. Su principal interés se ha centrado en la idea de «republicanismo», que desde la Baja Edad Media hasta nuestros días sirve de modelo para muchos aspectos de la vida política y social, tales como el Derecho constitucional, la organización social, la moral pública y los ideales estéticos. Su método consiste en la reconstrucción

de un sistema de conceptos básicos, argumentos y modos de manejar diversos asuntos que pueden agruparse globalmente bajo el término «lenguaje» (*language*). «Discurso» (*discourse*), en este sentido, no significa ni el «lenguaje» (*langage*) de Saussure ni un simple texto, oración o discurso oral (*speech*), sino las características comunes de los textos y discursos orales de aquellos que se hallan inmersos en la misma «filosofía» de vida.

Si centramos ahora nuestra atención en los varios tipos de «análisis del concepto», hay que distinguir, asimismo, dos escuelas o «filosofías» del lenguaje:

a) Cuando en los años sesenta Reinhart Koselleck elaboró su teoría acerca de la historia de los conceptos (*Begriffsgeschichte*) realizó una amalgama de varias tradiciones teóricas. De Hans-Georg Gadamer adoptó el concepto hermenéutico de «traducción», es decir, la convicción de que para comprender las fuentes históricas tenemos que traducirlas a nuestro propio lenguaje. Esto es lo que yo denominaría característica «realista» de su teoría. De Carl Schmitt adoptó el concepto de antropología política, es decir, la idea de que ciertos conceptos imperan en ciertos periodos de tiempo, dominando la gran mayoría de sus argumentos y proporcionando así un terreno firme sobre el que se asienta lo que parece evidente para los contemporáneos. Al concentrarse Koselleck en los «conceptos básicos» (*Grundbegriffe*) su teoría se asemeja en cierto modo a la de Michel Foucault. Ambos, Koselleck y Foucault, toman los conceptos como centros del conocimiento cultural en los discursos de las sociedades del pasado. Los dos suscriben la idea (bastante metafísica) de que en un periodo de tiempo dado incluso los antagonistas en los debates políticos conceden generalmente el mismo «significado» a un concepto, sólo que abordándolo por distintos lados. Lo que les diferencia es:

1. La convicción de Koselleck de que los conceptos son unidades semánticas muy móviles, que cambian de un discurso a otro, atrayendo y extendiendo su potencial semántico fuera de dichos discursos.

2. Su manejo de las pruebas empíricas, ya que los conceptos básicos de Koselleck tienen que ser definidos a partir de su uso real en las situaciones históricas, no son sólo indicadores de la realidad pasada, sino también factores e instrumentos del cambio histórico.

b) Mientras que la concepción koselleckiana de la historia de los conceptos aún sostiene la distinción idealista entre la forma de

representación lingüística y la realidad histórica representada, Rolf Reichardt y sus coeditores del *Lexikon der politisch-sozialen Sprache in Frankreich 1680-1820*³ asumen la teoría de Berger y Luckmann, quienes en su libro *Die gesellschaftliche Konstruktion der Wirklichkeit*⁴ argumentan que lo que acostumbramos a llamar «realidad» no es nada más que un sistema de conocimiento. Esto tuvo como consecuencia práctica que en su enfoque no tuviera sentido reconstruir la realidad pasada de forma independiente de su representación contemporánea. Para los historiadores esto resulta difícil de aceptar, porque para ellos la reconstrucción del pasado es algo más que reunir el conocimiento correspondiente al momento que estudian: sabemos que conocemos más del pasado de lo que los contemporáneos pudieron conocer. Por otro lado, no resulta difícil dar al enfoque de Kosselleck una interpretación constructivista: puesto que lo que los historiadores denominan «realidad» (pasada) puede ser interpretada, de igual modo que puede serlo nuestro conocimiento del pasado, en lugar de confrontar la *realidad* y su representación lingüística, tendríamos que ocuparnos de dos construcciones diferentes de la realidad pasada —sin ninguna pérdida de evidencia empírica—.

Para resumir este apartado me gustaría destacar dos hechos:

1. A la hora de elegir las unidades básicas del análisis científico, un enfoque centrado en los conceptos parece preferible al que se ocupa de los discursos o los lenguajes debido a varias razones: primero, porque en términos de análisis semántico, el concepto es una unidad más «móvil» que el discurso. El historiador es capaz de seguir al concepto en muy diferentes contextos, captando de ese modo muchas cualidades semánticas que se transportan de unos a otros contextos. Tomemos, por ejemplo, el concepto «Ilustración» (*Aufklärung, Enlightenment*), que nació en el siglo xvii en el contexto de descripciones relativas al tiempo atmosférico, pero que más tarde se trasladó como metáfora a los terrenos de la filosofía y de la historia. Segundo, porque en un contexto dado el concepto muy a menudo no es nada más que una etiqueta, reclamo o muletilla que sirve de tópico para un discurso. Así, analizando conceptos llegamos de todas formas

³ Hölscher se refiere sin duda a la obra colectiva *Handbuch politisch-sozialer Grundbegriffe in Frankreich, 1680-1820*, REICHARDT, R.; SCHMITT, E., y LÜSEBRINK, H.-J. (comps.), 20 vols., Múnich-Viena, Oldenbourg, 1985 (*N. de los T.*).

⁴ Hay traducción al español de Silvia Zuleta. BERGER, P. L., y LUCKMAN, T.: *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1968 (*N. de los T.*).

hasta los discursos, pero no sucede lo mismo si escogemos la otra vía metodológica y empezamos por estos últimos. Tercero, dado que el concepto está ligado a una palabra, resulta más fácil de aislar como unidad lingüística, lo cual ayuda obviamente a organizar un sistema lexicográfico por orden alfabético.

2. Es cierto que el enfoque «realista» de la corriente alemana de la *Bregriffsgeschichte* se apoya en algunos supuestos de corte metafísico a los que hoy se oponen los constructivistas: por ejemplo, aborda el análisis semántico de manera separada de lo que los historiadores denominan la «realidad» pasada (es decir, su propia reconstrucción presente de la misma). Y reposa también en conceptos históricos, como «historia», «cambio histórico» y otros. Es cierto que este enfoque ha de hacer frente a algunos problemas teóricos. Uno de ellos se refiere a la cuestión de cómo los conceptos pueden «cambiar» con el tiempo. Otro, a la cuestión de cómo los conceptos pueden ser definidos sin referencia a la posición «definitoria» del historiador actual. Pero una vez más las ventajas del enfoque realista parecen prevalecer en comparación con el enfoque constructivista. Primero, porque los historiadores difícilmente pueden evitar describir el pasado de manera «realista», esto es, desde su propio punto de vista en el presente. Sería desastroso para su trabajo si fueran incapaces de decidir cuál de entre varias descripciones de cualquier suceso pasado resulta correcta o errónea. Segundo, porque solamente al contrastar el mundo de los «hechos» con el de los «conceptos» somos capaces de preguntarnos por la capacidad de los conceptos, bien para representar la realidad o para interferir en ella.

III

Expondré a continuación algunas observaciones generales sobre la historia de los conceptos políticos europeos, incluyendo algunos ejemplos empíricos de lo que yo denominaría análisis comparativo de los conceptos en Europa.

1. Para la inmensa mayoría de conceptos básicos (incluyendo tanto los conceptos políticos como los sociales, culturales y económicos) resulta fundamental que generalmente procedan de las antiguas lenguas, del griego y del latín. No hay casi ningún término político vital en ninguna lengua de países de Europa occidental que

no se remonte a un origen griego o latino, ya sea en su forma semiótica o en su contenido semántico: «Estado» y «república», «monarquía» y «gobierno», «constitución» y «derecho», «ciudadano» y «humanidad», «lo público» y «lo privado», «liberalismo» y «conservadurismo», «libertad» y «orden», «política» y «propaganda», «reforma» y «revolución», son términos familiares en la esfera política; «familia» y «honor», «clase» y «raza», «emancipación» y «tratado», pueden ser ejemplos de la esfera de la organización social; «religión» e «Iglesia», «trascendencia» y «salvación», de la esfera religiosa, y así sucesivamente. Echando un vistazo a las diferentes lenguas europeas encontramos un fondo común de términos clásicos que durante la época medieval y la edad moderna fueron utilizados como material lingüístico básico y punto de arranque para la teoría política y social.

2. Pero cuando las naciones europeas comenzaron a emanciparse del griego y del latín como lenguas de la organización académica y política —un largo proceso que, desde el siglo XIII hasta el XX, se prolongó durante más de setecientos años—, los vocabularios nacionales también comenzaron a incluir «particularismos» o particularidades semánticas en sus conceptos políticos y sociales. *Res publica* ahora ya no significaba lo mismo en Francia que en Alemania; el término *libertas* («libertad», «*liberty*», «*libertà*», etc.) cubría diferentes derechos y normas en España, Italia e Inglaterra, pero aún se referían a las mismas ideas básicas elaboradas por autores clásicos como Cicerón, Aristóteles o Polibio. Por dar un solo ejemplo: cuando el término *natio* fue adoptado por las diferentes lenguas modernas de Europa occidental, primero hizo referencia a las diversas comunidades lingüísticas en una ciudad o país, como los grupos de estudiantes franceses y alemanes en la Universidad de Bolonia en los siglos XV y XVI. A la altura del siglo XVII, el término *nation* estaba ya bastante consolidado en francés e inglés para referirse a la sociedad civil de estos países, usándose en muchos contextos como un sustituto para el término constitucional *people* (*peuple*, etc.). En Francia, «nación» fue adoptado por la Revolución Francesa como el término legal para referirse al nuevo soberano: «*la grande nation*», como la denominó Napoleón. Pero, mientras que en Inglaterra, Francia o España el término «nación» podía utilizarse ya para un cuerpo político existente, en países como Alemania e Italia (por no hablar de Grecia, Polonia o Bulgaria) «la nación» era todavía un concepto idealista y programático, cuando no utópico. Posteriormente, hallamos diversifi-

caciones nacionales como en Alemania (hacia 1900): «*Kulturnation*» (nación definida por una cultura común) y «*Staatsnation*» (nación definida por un cuerpo político común). Incluso hoy las variadas modalidades nacionales de los conceptos son el testimonio de tradiciones e historias nacionales diferentes. Resulta de vital interés para la Unión Europea tener presentes estas raíces semánticas y su evolución histórica.

3. Pero el desarrollo de los conceptos nacionales fue —en términos de estructuras lingüísticas— más que una diversificación semántica de los materiales semióticos originarios del griego y el latín. En muchas naciones europeas las lenguas clásicas se amalgamaron con las lenguas vernáculas, dando origen a nuevos modelos semióticos. A este respecto puede señalarse una notable diferencia entre las lenguas románicas y germánicas, por una parte, y las eslavas, por otra. Cuanto más distantes del centro del Imperio Romano, más material lingüístico fue tomado de las lenguas vernáculas al construir los conceptos políticos y sociales capaces de interpretar la estructura regional y nacional de la sociedad. Tomemos el ejemplo del término *civis*. En italiano y español encontramos «*cittadino*» y «*ciudadano*» (ambos derivados del latín «*civitas*»). En francés e inglés, los términos «*citoyen*» y «*citizen*». En alemán, desde la edad moderna temprana en adelante solamente encontramos el término «*Bürger*» (en danés «*borger*») como equivalente a «*civis*», significando ambos el ciudadano de una ciudad y también el de un Estado o nación. Similares expresiones podemos hallar en italiano («*borgese*»), francés («*bourgeois*»), inglés («*burger*») o español («*burgés*» o «*burgués*»), pero están limitadas al grupo social de habitantes de una ciudad dotados de todos los derechos y privilegios de este grupo, y, más adelante, a partir del siglo XIX, a la clase media, la denominada «*bourgeoise*» («*burguesa*»). Una investigación comparativa de los conceptos en inglés, francés y alemán ha mostrado cómo, en comparación con la fuerte impronta del Derecho romano en Francia, los conceptos alemán e inglés de «*Bürgertum*» y «*burger-life*» fueron mucho más influidos por la cultura y la memoria de la vida urbana medieval⁵.

⁵ Cf. KOSELLECK, R.; SPREE, U., y STEINMETZ, W.: «Drei bürgerliche Welten? Zur vergleichenden Semantik der bürgerlichen Gesellschaft in Deutschland, Frankreich und England», en PUHLE, H.-J. (ed.), *Bürger in der Gesellschaft der Neuzeit. Wirtschaft - Politik - Kultur*, Göttingen, 1991, pp. 14-58.

Todo esto pone de manifiesto, por un lado, cómo en la mayoría de países de lengua romance la existencia de un segundo idioma hizo posible establecer una diferencia entre varios estratos semánticos, dejando un espacio para la representación y elaboración de nuevos patrones sociales y políticos. Por otro lado, muestra cómo la lengua vernácula se utilizó para contruir nuevas arquitecturas semánticas. El uso del término germánico *freedom* (junto a «*libertas*»), de *open* (junto a «*publicus*» y «*communis*»), de *Geschichte* (junto a «*historia*»), de *Gesetz* (junto a «*ius*»), de *Bund* (junto a «*foedus*», «*conventio*», etc.), nos proporciona otros tantos ejemplos de esta importante dimensión de pluralidad y diversificación. Esta dualidad idiomática dotó a las lenguas germánicas y románicas de una riqueza de expresión que resultó vital para su cultura no sólo en términos políticos, sino también sociales y religiosos. (Espero que algún otro investigador compruebe hasta qué punto estas observaciones pueden extenderse también a las lenguas eslavas. La única pista que yo soy capaz de ofrecer a este respecto sería la importancia del griego en ese área lingüística, al menos en el terreno de los conceptos religiosos y eclesiásticos.)

4. Finalmente, encontramos una fuerte influencia secundaria de las modernas lenguas nacionales, como el francés o el inglés, sobre otras lenguas europeas en ciertas esferas de la vida cultural. El término «*constitución*» se retrotrae hasta la *constitutio* latina, pero el concepto moderno fue adoptado por la mayoría de lenguas europeas a partir de las definiciones francesa e inglesa de *constitution* de finales del siglo XVIII. Lo mismo se puede observar en conceptos como «*industria*», «*emancipación*», «*parlamento*», «*política*» y muchos otros. Pero existen también otras vías de influencia procedentes de las lenguas del este y el oeste de Europa. Como todos sabemos, muchos conceptos monetarios (como *deposito*-depósito, *conto*-cuenta, etc.) se habían desarrollado ya en Italia en la época tardomedieval. La lengua alemana desarrolló muchos términos religiosos como *Erweckung* (resurrección), *Konfession* (confesión, en el sentido de denominación o adscripción de quienes profesan determinado credo religioso) y así en otros casos. Es de la máxima importancia para el futuro de Europa reconocer y apreciar las tradiciones culturales que hay detrás de estos conceptos. Eso no quiere decir que tengamos que quedarnos varados en ellos para siempre, sino más bien que seamos conscientes de las tradiciones culturales comunes y también de las diferencias dentro del amplio abanico de herencias nacionales en el seno de Europa.

IV

Quisiera concluir este artículo con algunas consideraciones sobre la organización del proyecto lexicográfico que tiene que planificarse muy pronto, en los próximos años. Yo sugeriría que se pensara en dos niveles de organización:

1. Necesitamos grupos nacionales de investigadores especialistas en historia de los conceptos que deseen cooperar y llevar el proyecto adelante por medio de sus propias investigaciones semánticas. Cada uno de estos grupos nacionales debería constar de, al menos, entre cinco y siete investigadores que estén dispuestos a asumir la parte «nacional» de cada uno de los artículos. Los artículos tienen que realizarse en colaboración con los investigadores de otras regiones culturales de Europa. La lengua de comunicación debería ser el inglés, que sería también en principio la lengua de la publicación (pero deberíamos discutir la posibilidad de traducciones nacionales de este *Diccionario histórico de conceptos políticos europeos*). En cada país participante debería existir un consejo editorial, dirigido por uno de los administradores nacionales. Para cada artículo, uno de los consejos editoriales nacionales debería hacerse cargo de la organización del grupo de trabajo, incluida la organización de las reuniones y el trabajo editorial correspondiente a dicho artículo.

2. Cada grupo nacional debería ser dirigido por dos investigadores que formen, junto con los directores de los otros grupos nacionales, un consejo de administración y planificación. Este consejo internacional debería elaborar el esquema del proyecto (incluida la elección de conceptos y las directrices metodológicas), recabar los recursos económicos (si es posible en Bruselas) y debería iniciar a los grupos de trabajo en cada uno de los artículos-conceptos, así como ocuparse de la publicación final.

Por supuesto, lo que hemos planteado aquí son solamente algunas ideas centrales que todavía han de ser debatidas, elaboradas y eventualmente modificadas. Pero, en cualquier caso, creo que ya es hora de comenzar.